

—Como hace algunos años que vivo retirado de la corte y no estoy al corriente de las novedades,—dijo el marqués con ademán modesto,—me sería difícil aventurar juicio alguno sobre tantas y tan excelentes piezas, la mayor parte de las cuales me son desconocidas; por lo que, lo más conveniente será, á mi modo de ver, dejarlo á vuestra eleccion, que no podrá ménos de ser acertada dadas vuestra teoría y práctica.

—Varias veces hemos representado una comedia,—replicó el Tirano,—que quizás no merecerá los honores de la impresion, pero que por su movimiento, vis cómica, chascarillos y bufonadas, goza del privilegio de hacer reir siempre aun á la gente más grave.

—No busqueis otras, dijo el marqués de Bruyeres;—y ¿qué título tiene esa afortunada obra maestra?

—Las *Bravatas del capitán Matamoros*.

—¡Magnífico título á fé mia! ¿tiene en ella buen papel la doncella?—preguntó el marqués lanzando una mirada á Zerbina.

—El más cuco y pícaro del mundo, y Zerbina lo desempeña á maravilla; es su caballo de batalla. Siempre en ella recoge gran cosecha de aplausos, y esto sin cábala ni palmoteadores apostados.

A ese cumplido directorial, Zerbina creyó ser deber suyo sonrojarse un poco, pero no le era fácil hacer salir á sus morenas mejillas el más leve tinte de carmin. La modestia, ese afeite del alma, le faltaba por completo; entre los tarros de su tocador no había el encarnado con que intentaba colorear su semblante. Bajó la doncella los ojos, lo que hizo notar la largura de sus negras pestañas, y levantó el brazo como para detener al paso palabras demasiado lisongeras para ella, y este movimiento puso en evidencia una mano bien hecha, aunque de color algo subido, de transparentes y rosadas uñas que brillaban como ágatas, pues habían sido pulidas con polvos de coral y piel de gamuza.

Zerbina estaba encantadora en aquella actitud; y sin embargo de que sus fingidas pudicidades se parecían como un huevo á otro huevo á la verdadera depravacion, pertenecían á la categoría de esas que gustan á los libertinos, aunque sobre ellas no se llamen á engaño, por lo mordaz del contraste. El marqués miraba á la Doncella con ojo ardiente y penetrante, y no otorgaba á las demás mujeres mas que esa vaga galantería del hombre bien educado que ha hecho ya su eleccion.

—Ni siquiera se ha informado del papel de la gran coqueta,—pensaba Serafina furiosa de despecho;—esto no es decente, y este caballero, tan rico en bienes de fortuna, se me antoja horriblemente desnudo de talento, de modales y de buen gusto. Decididamente son bajas sus inclinaciones. Su permanencia en provincias le ha echado á perder, y la costumbre de cortejar las maritornes y las pastoras le quita toda delicadeza.

No daban por cierto estas reflexiones un aspecto amable á Serafina. Sus facciones, que aunque regulares eran algo duras, y que para agradar tenían necesidad de ser dulcificadas por el mimo estudiado de las sonrisas y el movimiento de los ojos, tomaban, contraídas, una sequedad desapacible. Ciertamente era más linda que Zerbina, pero su belleza tenía un no sé qué de altanero, de agresivo y de perverso, y de fijo que si el amor hubiese intentado el asalto, el capricho hubiera retrocedido espantado.

Así es que el marqués emprendió la retirada sin intentar el menor galanteo cerca de Serafina, ni de Isabel, á quien por otra parte consideraba comprometida con el baron de Sigognac; pero antes de franquear el umbral de la puerta, dijo al Tirano:

—He dado orden para que despejen el invernadero, que es el local más vasto del castillo, á fin de montar en él el teatro; se han llevado allá tablonés, caballetes, tapicerías, banquillos, y todo lo indispensable para preparar una representacion improvisada. Vigilad los obreros, poco expertos en estas

faenas, y disponed de ellos como un cómitre de galera de su chusma. Os obedecerán como á mí mismo.

El Tirano, Blazius y el Intrigante, que eran los que ordinariamente cuidaban del arreglo del material, fueron conducidos al invernadero por un criado. La sala se adaptaba perfectamente á un espectáculo teatral por su forma oblonga, que permitia colocar el escenario en una de sus extremidades y disponer por filas en el espacio vacante sillones, sillas, taburetes y banquillos, segun el rango de los espectadores y el honor que queria dispensárseles. Las paredes, cuyas pinturas representaban un encañado verde sobre fondo azul celeste, simulaban una arquitectura rústica con pilares, arcadas, nichos, cúpulas, bóvedas de medio punto, todo de muy buena perspectiva y adornado con guirnaldas de follage y flores para salvar la monotonía de los losanjes y de las líneas rectas. El techo, medio cimbrado, representaba el espacio, por el que cruzaban nubes y pájaros de vivos colores; formando el todo un conjunto perfectamente adecuado al nuevo destino del lugar.

En uno de los extremos de la sala arreglóse un entarimado ligeramente pendiente; á cada lado del escenario se levantaron montantes destinados á sostener los bastidores; grandes cortinas de tapicería, que se deslizaban sobre cuerdas, debian servir de telon y replegarse, al abrirse, á derecha y á izquierda como los pliegues de capa de arlequin. Una faja de seda dentada, como el cielo de una cama, componia el friso y completaba el marco de la boca del escenario.

Mientras se levanta el teatro, ocupémonos de los habitantes del castillo, de quienes será bueno que demos algunos detalles. Se nos ha olvidado decir que el marqués de Bruyeres era casado; pero tan poco se acordaba de ello él mismo, que bien puede perdonársenos á nosotros esta omision.

Como puede suponerse, el amor no presidió á tal enlace. Igual número de cuarteles de nobleza y de tierras que se concertaban admirablemente lo habian decidido. Despues de cortísima luna de miel, sintiendo el uno por el otro escasa simpatía, el marqués y la marquesa, como gentes *comme il faut* que eran, no se habian vulgarmente apurado en perseguir una dicha imposible, sino que, de acuerdo tácito, habian renunciado á ella y vivian, aunque en el mismo palacio, separados amigablemente, de la manera más cortés del mundo y con toda la libertad compatible con el bien parecer. No se vaya por esto á creer que la marquesa de Bruyeres fuese mujer fea ó desagradable, ni mucho ménos; y para que por sí mismo pueda juzgar el lector, vamos á presentarle á ella.

Vivia la marquesa en una habitacion separada, en la que no entraba el marqués sin hacerse anunciar; mas como nosotros no necesitamos su venia, cometeremos la incongruencia que los autores de todos tiempos han cometido, y sin decir nada al pagecito que habria ido á prevenir á la camarera, penetremos en el dormitorio, seguros de no incomodar á nadie. El escritor al componer una novela lleva naturalmente en el dedo el anillo de Gijes, cuya virtud consistia en volver invisible al que lo llevaba.

Era el dormitorio una pieza espaciosa, elevada de techo y suntuosamente decorada. Tapicerías de Flandes, representando las aventuras de Apolo, cubrian las paredes de tintes vivos, ricos y pastosos. Cortinages de damasco carmesí de las Indias caian en anchos pliegues á lo largo de las ventanas, y atravesados por un jugueton rayo de sol, tomaban la purpurina transparencia del rubí. La guarnicion del lecho era de la misma tela á anchas tiras galoneadas cuyas simétricas aberturas proyectaban mil reflejos. Un lambrequin semejante al pabellon, adornado en sus cuatro ángulos con grandes penachos de encarnadas plumas, rodeaba el cielo de la cama; el cuerpo de la chimenea adelantaba notablemente en el dormitorio, y subia hasta el techo; un gran espejo de Venecia con

rico marco de cristal cuyos cortes y facetas despedían chispas multicolores, inclinaba su parte superior hácia la sala reflejando primero los piés de las personas que entraban; sobre el morillo de la chimenea, encima del que se veía una enorme bola de metal pulimentado, chisporroteaban tres zóquetes que hubieran podido servir de leños de Navidad, exparciendo un calor nada supérfluo, dada la época del año y las dimensiones del aposento.

Dos escritorios, de curiosa arquitectura, con columnitas de lapizlázuli, incrustaciones de piedras duras, y cajones secretos que si el marqués hubiese cometido la imprudencia de meter en ellos las narices hubiera sabido la manera de abrirlos, hacían juego á cada lado de un tocador delante del cual la señora de Bruyeres estaba sentada en uno de esos sillones á lo Luis XIII, cuyo respaldo ofrece, á la altura del hombro, una especie de planchuela rellena de crin y adornada de randas.

Detrás de la marquesa se hallaban dos camareras que la ataviaban, ofreciéndola una un acerico y la otra el cofrecito de los lunares.

La marquesa, aunque no aparentase tener más que veinte y ocho años, podía muy bien haber pasado el cabo de la treintena, que las mujeres sienten tan natural repugnancia en doblar, como mucho más peligroso que el de las Tormentas que tanto atemoriza á los marineros y á los pilotos. ¿Cuántos tenía? nadie hubiera podido decirlo, ni la misma marquesa, tan ingeniosamente habia ella introducido la confusión en esta cronología. Los más expertos historiadores en el arte de averiguar las fechas no hubieran hecho más que encanecer al querer averiguar, por su aspecto, la edad de la aristocrática dama.

La señora de Bruyeres era una morena cuyo color se habia aclarado un tanto á causa de la gordura que sucede á la primera juventud; en ella, los tintes aceitunados de la delgadez, combatidos antes con el blanco de perlas y el polvo

de talco, hacían lugar á una blancura mate, un poco enfermiza á la luz del sol, pero deslumbrante á la de las bujías. El óvalo de su rostro se habia redondeado por la plenitud de sus mejillas, sin por esto perder nada de su pureza de líneas, y la barba se le unía al cuello por medio de una línea gordetilla bastante graciosa todavía. Demasiado corva quizá para una beldad femenina, la nariz no carecía de altivez y separaba dos ojos á flor de cabeza, de color de tabaco de España, á los cuales daban cierto gesto de admiración dos arqueadas cejas bastante separadas de los párpados.

Sus cabellos, abundosos y negros, acababan de recibir la última mano de la peñadora, cuya tarea debia de haber sido asaz complicada, á juzgar por la cantidad de papillotes de papel de estraza que cubrían la alfombra en torno del tocador. Una línea de pequeños bucles caía en espiral alrededor de su frente, y de la raíz de estos partía una masa de cabellos echados atrás hácia el moño, mientras que dos enormes bollos aéreos, hinchados y enerespados á peinetazos nerviosos y rápidos se destacaban graciosamente á cada lado de sus mejillas. Un lazo de cintas adornadas con granos de azabache cubria el macizo bucle anudado sobre la nuca. Los cabellos, que eran una de las bellezas de la marquesa, se adaptaban á todos los peinados sin necesidad de recurrir á los postizos, razón por la cual la castellana permitía á damas y á caballeros visitarla en su tocador mientras estaba en manos de sus camareras.

Aquella nuca conducía la mirada, á través de un contorno lleno y redondo, á unas espaldas muy blancas y mórbidas, que dejaba en descubierto la escotadura del corsé y en cuyas carnes se abrían dos apetitosos hoyos. La garganta, bajo la presión de un cuerpo de ballena, tendía á aproximar esas semiesferas que los poetas aduladores, escritores de madrigales y sonetos se obstinan en llamar los hermanos enemigos, bien que se reconcilien muy á menudo, demostrando con eso ser ménos huraños que los de la Tebaida.

Un cordoncito de seda negra, pasado á través de un corazon de rubies y del que pendia una crucecita de piedras preciosas, rodeaba el cuello de la marquesa, como para defenderla de las sensualidades paganas despertadas por la vista de sus encantos ostentados, y defender contra el deseo profano la entrada de aquella garganta mal fortificada con una débil muralla de guipur.

Sobre un guardapiés de blanco raso la señora de Bruyeres llevaba un vestido de seda granate oscuro, adornado de cintas negras con granos de azabache, y puños ó bocamangas parecidos á los guanteletes que usaban las gentes de armas.

Juana, una de las camareras de la marquesa, le entregó la cajita de los lunares, último complemento de tocador indispensable en aquella época á todo aquel que se preciase de elegante. La señora de Bruyeres se colocó uno cerca de la boca y buscó durante largo tiempo el sitio del otro, el llamado asesino, porque el más valiente á duras penas si resiste á sus acometidas. Las camareras, comprendiendo la gravedad del caso, permanecian inmóviles y retenian su aliento para no turbar las coquetas reflexiones de su señora. Por fin el vacilante dedo se fijó, y un punto de tafetan, astro negro sobre un cielo de blancura, mosqueó como un signo natural el nacimiento del pecho izquierdo. Era decir en galantes geroglíficos que no se podia llegar á la boca sino pasando por el corazon.

Satisfecha de sí misma y despues de lanzar una postrer ojeada al espejo de Venecia inclinado sobre el tocador, la marquesa se levantó y dió algunos pasos por el aposento; pero, deteniéndose de repente como quien de súbito se ve asaltado por una idea, volvióse y tomó de un cofrecito un descomunal reloj de bolsillo, un huevo de Nuremberg, como decian entonces, delicadamente esmaltado de diversos colores, salpicado de brillantes, y suspendido de una cadena terminada en un gancho que la dama prendió en su cintura, cerca de un espejito con marco de plata dorada.

—La señora está hoy encantadora,—dijo Juana con voz zalamera;—el peinado le sienta á maravilla, y no puede exigirse más elegancia en su traje.

—¿Quieres decir?—contestó la marquesa, arrastrando sus palabras con distraida indolencia;—me parece, al contrario, que doy miedo. Tengo los ojos hundidos, y el color del traje me hace más gruesa. ¿Si me vistiese de negro? ¿Qué te parece, Juana? el negro hace parecer delgada.

—Si la señora lo desea, voy á ponerle el vestido de tafetan color cola de mirlo ó flor de ciruela; será cuestion de un momento, pero temo que la señora eche á perder su magnífico tocado.

—Culpa tuya será, Juana, si pongo en fuga los cupidos y no hago esta noche cosecha de corazones. ¿Ha invitado mucha gente á la comedia el marqués?

—Muchos mensajeros han partido en diversas direcciones, por lo que la reunion no podrá ménos de ser numerosa: vendrán de todos los castillos de los alrededores. ¡Se ofrecen tan rara vez en este país ocasiones de divertirse!

—Es verdad,—dijo la marquesa suspirando;—vívese en él en una terrible frugalidad de placeres. Y esos cómicos ¿los has visto, Juana? ¿Los hay entre ellos que sean jóvenes, guapos y de bizarra apostura?

—Poco podré decir á la señora; esas gentes más que rostros tienen carátulas; la cerusa, el afeite y las pelucas les dan brillo á la luz de las velas y les hacen parecer muy al revés de lo que son. Sin embargo, me ha parecido ver uno desahapado por demás y que se da humos de caballero, que tiene los dientes muy bonitos y la pierna bastante bien hecha.

—Ese debe de ser el galan jóven, Juana,—dijo la marquesa;—para eso se escoje al mozo más guapo de la compañía, pues seria muy mal visto echar requiebros con una nariz de trompeta é hincarse sobre una rodilla zamba para hacer una declaracion.

—En efecto, eso seria muy feo,—dijo riendo la donce-